

Consumistas, deudores o morosos: explorando las ambivalencias de los imaginarios sobre las prácticas económicas y sus consecuencias para la intervención social

Consumers, debtors or defaulters: exploring the ambivalences
of imaginaries about economic practices and their
consequences for social intervention

Consumistas, devedores ou morosos: explorando as
ambivalências dos imaginários sobre as práticas econômicas e
suas consequências para a intervenção social

Lorena Pérez Roa*

RESUMEN

En un contexto altamente financiarizado, la adquisición de créditos de consumo y el aumento del endeudamiento de los hogares se han instalado como una nueva normalidad. Este artículo busca interrogar las narrativas con las cuales popularmente se entienden las prácticas del consumo y endeudamiento. Nos interesa problematizar las categorías morales y la predominancia de la dimensión instrumental/racional con las que se interpretan estas prácticas económicas, de manera de deshilar las implicancias de estos usos en los procesos de intervención que actualmente se desarrollan en el campo de lo social.

Palabras clave:
consumo;
endeudamiento;
intervención;
presupuesto
familiar; Trabajo
Social

SUMMARY

In a highly financialized context, the acquisition of consumer credit and household indebtedness has become the new normal. This article seeks to interrogate the narratives by which the practices of consumption and indebtedness are popularly

Key words:
consumption;
indebtedness;
intervention;

* Chilena, Doctora en Ciencias Humanas Aplicadas por la Universidad de Montreal, Canadá, Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Chile, loperez@uchile.cl

understood. We are interested in problematizing the moral categories and interpreting these economic practices' predominant instrumental/rational dimensions. We want to unravel the implications of these uses in the intervention processes currently developed in the social field.

family budgeting;
social work; social
work

RESUMO

Em um contexto altamente financeirizado, a aquisição de empréstimos pessoais e o aumento do endividamento dos lares se instalaram como uma nova normalidade. O objetivo deste artigo é interrogar as narrativas com as quais popularmente se entendem as práticas de consumo e de endividamento. Nosso interesse é problematizar sobre as categorias morais e a predominância da dimensão instrumental/racional com as que se interpretam estas práticas econômicas, de forma a destrinchar as implicações destes usos nos processos de intervenção que atualmente se realizam no campo social.

Palavras-chave:
consumo,
endividamento,
intervenção,
orçamento
familiar, Serviço
Social.

Las restricciones de movilidad que impuso la pandemia limitaron considerablemente la actividad económica. Con ello, el reclamo ciudadano exigiendo mayor protección económica por parte de gobierno aumentó considerablemente en la escena pública. Se reclamó al gobierno no actuar con eficacia ni pertinencia: las ayudas económicas no llegaron a tiempo, y la obstinación por preservar los criterios de focalización de la política social impidieron que las ayudas llegaran a quienes la requerían. La percepción popular —favorecida por los errores comunicacionales de algunos personeros de gobierno— instaló con fuerza la idea de que el gobierno tenía una percepción equivocada de la realidad y de las urgencias económicas de la gente. En palabras de Roig (2020), los imaginarios políticos parecen cada vez más alejados de la realidad económica concreta de los hogares. Las condiciones laborales, los modos de ingresos y la forma en que los hogares gestionan sus recursos económicos son zonas nebulosas para el gobierno, quienes van reaccionando a través de ensayo y error para lograr delinear con mayor exactitud estas realidades.

Ahora bien, estas distancias entre la percepción y la vida económica concreta de los hogares son también observables en el espacio de la intervención social y de la acción profesional. El Trabajo Social, así como las otras disciplinas de las ciencias sociales han tendido a desvincularse de los debates económicos, los que han sido capturados por los economistas. Desde inicio del siglo XX, la economía, de la mano de las escuelas neoliberales, comenzó a definirse como una ciencia más próxima a las ciencias naturales, buscando posicionarse como creadora de un conocimiento de expertos, regida por las reglas del método científico y que, en palabras de Friedman (1959), no busca especular con sus objetos de estudio, puesto que ve la realidad económica como “lo que es” y no “lo que se espera que sea”. En este sentido, se gestó un proceso de división del trabajo intelectual en el que se asignó a los economistas el problema del valor —y por tanto del dinero y sus transacciones—, mientras que los cientistas sociales quedaron relegadas al estudio del problema de los valores —en un sentido no pecuniario (Luzzi y Sánchez, 2020, p. 3)—. Ahora bien, esta separación viene siendo crecientemente cuestionada de la mano de los estudios sociales de la moneda (Zelizer, 2011, 2015; Ossandón, 2012, 2019), la antropología (Villarreal, 2008, 2014, 2021), la sociología económica (Callon, 1998; Weber 2011) y la economía feminista (Gago y Cavellero, 2019), co-

rientes que han ido gestando un proceso de redescubrimiento de las relaciones económicas y de la fuerza de la entrada de las finanzas en nuestras relaciones sociales, a través del desarrollo de estrategias metodológicas y el despliegue de distintos *corpus* conceptuales. En este sentido, y parafraseando el trabajo de Michel Callon (2008), estos distintos enfoques han ido asumiendo que el objeto de lo “económico” no es patrimonio de una disciplina en particular, sino que *performa* en función de la disciplina que lo piensa, lo tematiza y lo teoriza. En esta línea, el objeto de este artículo es construir vínculos de comprensión sobre las prácticas económicas, que logren romper los imaginarios de la disciplina que conciben la economía como un fenómeno regulado por normativas ajenas a lo social.

Ahora bien, en un contexto caracterizado por el aumento y la importancia de la cultura de consumo (Kennedy, 2020), la irrupción de patrones de consumo desacoplados de la realidad salarial de los hogares y de los procesos de financiarización de las clases populares (Roig y Gago, 2019; Wilkis, 2014), las variaciones en los sistemas de endeudamiento y las nuevas formas de inseguridad social que han provocado, han logrado instalarse en nuestras sociedades como una “nueva forma de normalidad”. Paralelamente a estos incrementos sostenibles en los niveles de endeudamiento de los hogares, ha comenzado a instalarse con fuerza un discurso moralizador que busca que los individuos se responsabilicen individualmente de sus acciones económicas y que asuman como natural e inevitable los procesos de financiarización (Roberts y Soederberg, 2014). Estas lecturas individualizantes tienen efectos directos en los procesos de intervención que se ejecutan, en tanto vehiculizan una percepción de que “ciertos” comportamientos económicos que realizan “ciertos” grupos deben ser el foco de la intervención social (Otero, 2013). Este artículo parte del supuesto que estas visiones son, por dos grandes razones, insuficientes para abordar los fenómenos económicos: primero, en tanto no permiten incorporar el análisis de las transformaciones sociales transversales y vinculantes que se requieren para abordar la complejidad de los problemas económicos (Pérez-Roa, 2014; Otero, 2013); segundo, en tanto naturalizan los cálculos económicos dominantes, que despliegan una representación de la relación acreedor-deudor como un intercambio neutro, técnico y justo.

Así, este artículo busca cuestionar estas aproximaciones y proponer un enfoque más amplio de comprensión de la actividad económica que reconozca su dimensión política, estructurante y relacional. Sostenemos que la dimensión económica no se inscribe exclusivamente en la lógica de la racionalización, despersonalización y objetivación de las relaciones, sino que está atravesada por las relaciones sociales y culturales (Roig, 2009). Lo que en otras palabras implica subrayar la imposibilidad de separar las actividades económicas del conjunto de las relaciones sociales (Zelizer, 2015): las finanzas están incrustadas en nuestra vida cotidiana, el dinero nos conecta con lo humano y no humano, la deuda atraviesa nuestra relación con el trabajo, los créditos disponen de nuestro tiempo futuro como compromiso de pago. En este sentido, asumimos que la dimensión económica es central para entender el entramado estructural y las dinámicas relacionales en el Chile actual y debe, por ende, ser considerada como una dimensión transversal en los procesos de intervención.

Para cumplir nuestro propósito, nuestro argumento se despliega a partir de dos ejemplos, recogidos de columnas de opinión, que han sido divulgados por la prensa chilena durante 2021. Los ocuparemos para graficar los usos con los que comúnmente se presentan las acciones económicas de los individuos y las categorías de análisis restrictivas que de ella se desprenden. Nuestra idea es deshilvanar las implicancias de esos usos, su moralidad y la dinámica de responsabilización individual que de ellas emana. El primer caso refiere a las prácticas de consumo de los jóvenes y lo utilizaremos para analizar las categorías morales que popularmente se usan para explicar las prácticas de consumo; el segundo, sobre el (sobre)endeudamiento de los hogares, nos servirá para analizar la predominancia de la dimensión racional en los análisis sobre las prácticas económicas de los individuos. En cada caso iremos explorando cómo estas interpretaciones restrictivas de la actividad económica se hacen presentes en los procesos de intervención.

Hay que hacer aquí tres advertencias. Aunque el objetivo de este trabajo es ampliar los repertorios de comprensión de las prácticas económicas de los hogares en Chile, presento mi discusión a partir de disciplinas adyacentes que han sido muy relevantes en esta discusión. Además, para el desarrollo de mis argumentos, que buscan centrarse en el caso de Chile, ocupé discusiones que provienen de otros con-

textos —principalmente de países del norte—, en razón del aumento del interés por el tema del endeudamiento privado que se ha generado a partir de la crisis financiera de 2008. Dicho esto, el interés no es establecer comparaciones entre casos, sino ampliar los puntos de comprensión disciplinar sobre las relaciones de consumo y endeudamiento. Finalmente, insistir en que en este artículo se trata de una reflexión conceptual que se nutre de distintas investigaciones realizadas en los últimos quince años sobre las relaciones de consumo y endeudamiento, y que busca interpelar a la disciplina sobre la relevancia de construir una agenda de investigación sobre estos temas.

La ambivalencia moral del consumo: de buenos a malos consumidores

El 24 de enero de 2021, Carlos Peña, en su tradicional columna de *El Mercurio*, se refirió a los hechos ocurridos en Santiago, cuando un centenar de jóvenes se aglomeraron a las afueras de un mall de Santiago en plena pandemia, a la espera de que un nuevo modelo de zapatillas saliera al mercado. En su columna titulada “La revolución de las zapatillas”, Peña señala que lo ocurrido es una clave para entender el Chile contemporáneo. A su juicio, el consumo, más allá de un acto de satisfacción de necesidades, es una experiencia de reconocimiento y autoafirmación que permite a un número cada vez más extendido de personas acceder a los beneficios del mercado. El consumo sería una experiencia de diferenciación disponible para los jóvenes quienes, a diferencia de sus generaciones precedentes, pueden consumir “libremente”, ser parte de una tendencia y diferenciarse de otra. Esta experiencia de consumo, para Carlos Peña, tiene una dimensión emancipadora que la política chilena ha negado, ya sea por considerarla una conducta vulgar (sectores tradicionales de derecha), o por observarla como una conducta enajenada propia del capitalismo (sectores de izquierda).

Esta lectura busca comprobar la hipótesis de que las recientes manifestaciones en Chile se explican principalmente porque los individuos estarían viviendo una especie de malestar generalizado provocado por ver truncadas sus expectativas de consumo. Siguiendo esta lectura, el reclamo que miles de chilenos han hecho sentir desde octubre del 2019 se configura a partir de una queja colectiva a los obstácu-

los que los individuos enfrentan para acceder a los bienes y servicios deseados. En palabras de Rojas-May (2020), estaríamos viviendo los problemas de una sociedad que ha alimentado la “perspectiva de tener” sin enseñarnos a soportar la frustración y el dolor del “no tener”.

Desde esta lectura, dos grandes virtudes se asignan a las prácticas de consumo contemporáneas: 1) ser promotoras activas de los procesos de individualización y de autorrealización individual; 2) favorecer relaciones sociales intrínsecamente democratizadoras, que tienden a borrar las distinciones sociales previas. Si retomamos la escena de los jóvenes esperando por costosas zapatillas a las afueras de un mall, las virtudes del consumo quedan empíricamente demostradas: la zapatilla es una marca de distinción que se encuentra disponible para todos aquellos que cuenten con los medios económicos para acceder a ella.

En este apartado busco abordar críticamente estos supuestos, a la luz de los procesos de democratización del consumo experimentados por la sociedad chilena, su codependencia con los procesos de financiarización de la sociedad y el relato de la responsabilidad individual que ha acompañado estos procesos, y que tienden a instalar narrativas morales y restrictivas para clasificar las prácticas de consumo. A partir de este análisis, busco observar cómo estos marcos morales se hacen presente en la profesión, particularmente en la relación diagnóstica que, tanto a través de las técnicas como en el desarrollo de los presupuestos, utilizan los trabajadores sociales.

La centralidad del consumo en nuestra construcción cultural responde a las lógicas y modos particulares que configura el capitalismo, de acuerdo con lo que algunos autores denominaron, a comienzos de los 90, la “cultura del consumo” (Bauman, 2005). Esta se caracteriza por promover la transformación de nuestras relaciones sociales a través de la amplificación del repertorio de experiencia de consumo. Para Bauman (2005, 2007), una de las características principales de este modelo radica en la sustitución del trabajo por el consumo como proveedor de identidad. En este sentido, el consumo se entiende como un proceso que transforma las maneras en que los individuos experimentan sus relaciones sociales y se observan a sí mismos en el mundo. Si en las sociedades sólidas era el trabajo el encargado de construir una identidad en función de la ocupación, en la sociedades líquidas esa tarea se le atribuye al consumo y a su capacidad de producir estándares de felici-

dad basados en la libertad de elección. Para Bauman —a diferencia de la lectura de Peña—, estas transformaciones deben ser comprendidas a las luz de las reformas estructurales, suscitadas por neoliberales, que transformaron el modelo económico y las relaciones laborales. La imposición de nuevas formas de producir y los nuevos estándares de productividad y competitividad que exacerbaban los niveles de consumo, han permitido que los valores productivos en la sociedad pierdan peso y ganen valor aquellos vinculados con la libertad de elegir y consumir (Posada, 2013). En este sentido, el mandato por la autorrealización individual fue secuestrado por la cultura del consumo, que se encuentra íntimamente incrustada al mercado financiero (Kennedy, 2020).

Observado desde el caso chileno, el conjunto de transformaciones implementadas durante la dictadura militar instalaron las relaciones de consumo como el centro de la estructuración de las relaciones sociales (Moulian, 1997). Los cambios en el modelo económico y los principios de regulación de las relaciones laborales repercutieron directamente en la vida económica de los hogares. En particular, la desregulación y liberalización de gran parte de las actividades económicas y la extensión del mercado del crédito, transformaron radicalmente la experiencia de consumo de los hogares chilenos. Este proceso, conocido como la “democratización del consumo” se instaló en Chile a partir de dos etapas (ver tabla N° 1), y permitió la masificación del consumo, ampliando las oportunidades de acceso al mercado de bienes y servicios y expandiendo, a su vez, la idea de que es posible experimentar una movilidad social ascendente mediante el consumo (Marambio-Tapia, 2018). Las cifras en este sentido son elocuentes: si al año 1990 la mayoría de las familias chilenas accedían a bienes domésticos de mayor costo a través de ahorros o de tiendas de prestamistas, ya a principios de 2020 los hogares habían duplicado sus bienes en el hogar. Los televisores, autos, teléfonos y refrigeradores se instalaron en la mayoría de los hogares chilenos como parte del inventario doméstico. Todos estos objetos transformaron radicalmente la experiencia de los individuos con el consumo: éste dejó de ser entendido como un deseo marcado por la dicotomía poder acceder/no poder, signando a unos y a otros como pobres y ricos (Ivanovic, 2014), y comenzó a instalarse como una práctica legítima que, a través de su expansión, diversificación y desregulación normativa, se dispuso al alcance de todos, independientemente del poder adquisitivo.

Así, la “democratización del consumo” no solo cambió la capacidad adquisitiva de los hogares chilenos, sino que también transformó su percepción respecto de su posición social y el lugar que, por tanto, ocupan en la sociedad.

Tabla N° 1

Proceso de “democratización del consumo”

	Años	Principales características
Bancarización	1978-1996	Introducción de la primera tarjeta bancaria en 1978, destinada a clases medias-altas; desregulación del sistema financiero a principios de los años 80 y aparición de los pequeños prestamistas institucionales. Apertura de las primeras tarjetas de crédito para consumo interno.
Reutilización	1996-2011	Introducción de la primera tarjeta de crédito otorgada por un supermercado (tarjeta <i>Presto</i>). Expansión del mercado del crédito a grandes almacenes, supermercados y otros minoristas, quienes ampliaron los segmentos de crédito a los grupos de menores ingresos, dueñas de casa y estudiantes mayores de 18 años. Proceso de financiarización principalmente crediticio.

Elaboración propia a partir de los datos del texto de Marambio-Tapia (2018, 2021).

Ahora bien, si ser propietario de una vivienda, un auto y tal vez algún otro objeto de consumo de alto valor es parte de las aspiraciones consideradas legítimas por la sociedad (Villarreal, 2014), ¿por qué la práctica de consumo de los jóvenes populares se vuelve entonces objeto de interés social? Si el mercado de bienes y servicios expande su oferta y los jóvenes tienen los medios financieros para poder consumir, ¿cuál es el problema de que los jóvenes compren zapatillas de marca? La respuesta a estas preguntas parece inscribirse en el registro moral: a pesar de que el mercado se presenta como una institución democrática, a la cual puede acceder libremente todo quien disponga de los recursos necesarios, el “consumidor” debe satisfacer además una serie de criterios que lo acrediten como un individuo que “merece” un determinado producto de consumo. Dicho en palabras simples, una zapatilla de marca que acaba de salir al mercado, no parece ser un objeto que moralmente esté al alcance de un joven popular.

Si retomamos el análisis de la columna, observamos cómo las representaciones de consumo se desplazan entre distintos repertorios morales: primero, como un espacio de reconocimiento, dada la importancia del consumo como mecanismo legítimo de integración social; segundo, como una práctica “en falta”, asociada a las conductas económicas irresponsables y poco considerada de los jóvenes, como ir en plena pandemia a comprar a un mall una nueva zapatilla; y tercero, muy vinculada a la anterior, que define en razón de la posición social del hablante quien “merece” o no consumir, es decir, instala en la gramática del mérito la definición de los accesos a los bienes de consumo. Esta ambivalencia moral, que por un lado llama a consumir, promoviendo el consumo como símbolo de éxito económico, y por otro castiga a quien lo hace de manera incorrecta, son parte de las narrativas restrictivas que se han instalado para clasificar las prácticas de consumo. En este sentido, consideramos que el abordaje público que se da a la discusión sobre las prácticas de consumo son un medio fructífero para dar cuenta de las tensiones morales que impregnan el comportamiento, las normas y los discursos que giran en torno al consumo (Swader y Ross, 2020).

Ahora bien, estos repertorios morales que despliegan los discursos que circulan en los medios de comunicación sobre las prácticas de consumo son también observables en la propia historia del Trabajo Social. Los vínculos morales, tal como nos recuerda Rodrigo Cortés (2020), son parte de las estrategias que el Trabajo Social ha utilizado desde los inicios de la profesión para vincularse con los hogares populares. En su trabajo doctoral, Cortés (2020) recorre históricamente este vínculo, dando cuenta de cómo se va gestando la idea de que la visita social es un espacio para diagnosticar el comportamiento moral y sexual de las familias populares, y cuyo propósito es transformar esas relaciones para establecerlas dentro de la legalidad y la institucionalidad inspiradas por el proyecto de Estado-Nación (p. 221).

Ahora bien, la vigilancia moral que ejerce la profesión tiene una dimensión económica fundamental, en tanto la observación de las condiciones económicas y la utilización de los presupuestos se entienden como una herramienta eficaz para objetivar la carencia de los usuarios. El presupuesto es una herramienta que busca objetivar, mediante la obtención de datos contables, la situación económica de

los hogares. A través de este se clasifican los usuarios según sus capacidades de asegurar condiciones mínimas de vida y de transformar su bienestar económico. En efecto, el presupuesto es una herramienta que muchos programas sociales en la actualidad utilizan.

Ahora bien, tal como nos recuerda Perrin-Herdia (2011), las categorías contables que el presupuesto busca obtener a través de las operaciones matemáticas básicas, y que los presupuestos suponen dilucidar (relación ingresos-gastos, mensualización y capacidad de pago), no son operaciones neutras: contienen valorizaciones morales y socialmente situadas. Los presupuestos se construyen a partir del supuesto normativo de que existe una manera “adecuada” y otra “inadecuada” de gestionar la economía familiar. Observado en el caso de Chile, Carolina Rojas (2019), en su trabajo etnográfico sobre la intervención del Estado con familias en condición de pobreza, describe una serie de escenas cotidianas en la que los trabajadores sociales buscan orientar a las familias hacia un “buen uso” de sus recursos económicos: alimentarse “adecuadamente”, “invertir” en un negocio y en la educación de los hijos son conductas promovidas activamente por los interventores. En esta misma línea, Santos Allendes (2021), en un reciente estudio sobre los significados asociados al dinero transferido en el Programa Familias, da cuenta cómo, en el proceso de intervención, los apoyos familiares van orientando el uso que las familias le dan al dinero transferido, promoviendo activamente que el dinero no solo se dirija hacia acciones consideradas “correctas” (ahorro, vivienda y alimentación), sino que también les permita “invertir” en su propio bienestar. En este sentido, la intervención no solo busca orientar el comportamiento económico de las usuarias, sino también instalar una lógica financiera en la que ellas se entiendan a sí mismas como “inversoras” de su propio destino (Feher, 2017). Esto a pesar de los bajos montos de las asignaciones monetarias y de las condiciones socioeconómicas de las familias usuarias.

Esta narrativa moral, que se construye sobre la base del diagnóstico de lo que las personas “no tienen y no son” (Villarreal, 2007), fue observada en una reciente investigación acerca del lugar de las mujeres en las estrategias de educación financiera en Chile (Pérez-Roa, Allendes y Fontecilla, 2021), en la que las interventoras entrevistadas enfatizaban en la importancia de que las usuarias aprendieran a “reducir los gas-

tos,” “controlar sus impulsos de consumo” y desarrollar “conductas de ahorro”. Para las interventoras, transformar esos hábitos era clave para mejorar sustantivamente el bienestar económico de las usuarias. A pesar de que las usuarias eran en su mayoría jefas de hogar y sus ingresos promedio no superaban el umbral de la extrema pobreza, las interventoras insistían en la importancia del control del gasto como método de superación de la pobreza. La intervención, en este caso, desatiende las causas estructurales y el contexto económico de sobrevivencia en el cual se desenvuelven las usuarias, orientando el proceso a educarlas a un “adecuado” uso de recursos escasos.

En este sentido, el interés por problematizar el papel que ocupa la moral en los juicios profesionales que se emiten a propósito de las prácticas de consumo de los usuarios, responde a favorecer una aproximación crítica a estos instrumentos que tienden a desconocer los usos que las personas hacen de esos recursos, e introduce la “falta” como un registro normativo que responsabiliza a los hogares de sus condiciones de precariedad (Marambio-Tapia, 2021). Los juicios morales tienden a limitar las perspectivas de análisis centrándose en los individuos y sus cambios en los comportamientos, y excluyendo una perspectiva crítica de la situación contextual (Kramer-Nevo et al., 2017). En esta línea, y en concordancia con los trabajos de Green (2020), Kramer-Nevo (2017) y Callegari, Permillá y Krullberger (2019), desde la disciplina debiera promoverse un análisis crítico de los discursos que normalizan a las personas a partir de juicios morales, y favorecer así un cuestionamiento de las lógicas sociales y culturales del neoliberalismo que sirven para justificar estos discursos.

La ambivalencia de la deuda y la exigencia del cálculo racional

En una entrevista realizada a comienzos de junio del 2020, el decano de la Facultad de Economía y Negocios de una universidad privada en Santiago explicó las razones por las que, a su juicio, había tanto endeudamiento en Chile: “la gente se endeuda no porque la endeuden, sino porque ellos se endeudan. El gran responsable de endeudarse por encima de lo que pueden pagar son los adultos mayores de 18 años”. Esta declaración fue fuertemente repudiada por los usuarios de las redes sociales. Se acusó al decano de “no entender” que el endeudamiento

en Chile es una estrategia a la que muchos hogares deben recurrir para poder llegar a fin de mes; y de ignorar la angustia que provoca la deuda a las personas, sobre todo en el contexto de crisis económica. Ahora bien, a pesar del mal entendido que, a juicio del decano, provocaron sus declaraciones, éstas permiten explorar una de las interpretaciones más expandidas sobre las prácticas de endeudamiento en el Chile contemporáneo: en tanto son concebidas como el resultado de una decisión racional y, por tanto, sus consecuencias se entienden como de exclusiva responsabilidad individual.

Para abordar críticamente esta interpretación propongo dos argumentos: primero, explorar los vínculos entre el aumento del endeudamiento de los hogares chilenos con las transformaciones del capitalismo financiero, de manera de dar cuenta de la profundidad, transversalidad y desigualdad de este endeudamiento; y, en segundo lugar, discutir la figura de la racionalidad instrumental que sostiene esta interpretación, y que supone que los actores en el ámbito financiero toman decisiones racionales con el objetivo de maximizar las ganancias a un menor costo posible. El interés es explorar cómo estas lecturas reducen la comprensión del cálculo a una acción racional de costo y beneficios, dejando de lado otras racionalidades que las prácticas económicas movilizan, e invisibilizando a su vez el contexto en el cual estos cálculos económicos son realizados.

El aumento del endeudamiento de los hogares ha sido uno de los temas relevantes en la agenda pública. Según datos del Banco Central de Chile (2018), durante 2017 un 66% de los hogares declaró tener, al menos, un compromiso financiero. Siendo los créditos de consumo los que estaban presentes en un 55% de los hogares (Banco Central, 2017). En un reciente análisis de las olas de datos que en los últimos 10 años entrega la Encuesta Financiera de Hogares del Banco Central de Chile, Matías Gómez y Lorena Pérez-Roa (2021) exploran el panorama de endeudamiento de los hogares chilenos a partir del análisis del acceso al crédito de consumo, el uso que se le da y la carga mensual que implica para los hogares. Los resultados dan cuenta de la segmentación sistemática en el acceso al crédito de consumo, generando un sistema dual entre los créditos otorgados por instituciones bancarias y aquellos del “retail”, que operan con condiciones distintas y que favorecen a los hogares más ricos con mejores condiciones de acceso. Por otro lado,

los datos evidencian que el crédito de consumo tiene distintas motivaciones y que estas se relacionan con el nivel de ingresos de los hogares: mientras los hogares más pobres utilizan los créditos de consumo para comprar bienes que sirven para reproducir su vida (alimento, camas, televisores y vestuarios), los hogares de mayores ingresos los usan para consumo posicional (vehículos, viajes) o para usos financieros (inversión o pagar otras deudas). Finalmente, el análisis evidencia una relación negativa consistente entre estrato socioeconómico y el *ratio* deuda-ingreso de corto plazo, lo que da cuenta de que los más pobres cargan con un mayor peso relativo por este tipo de deudas. Estos resultados coinciden con diversas investigaciones que han observado, desde un registro cualitativo, que muchos hogares usan los instrumentos de deuda como un activo, es decir, como una estrategia que les permite maniobrar las diferencias entre el costo de la vida, los ingresos percibidos y sus cargas financieras (Han 2012; Marambio-Tapia, 2018; Pérez-Roa y Donoso, 2018; Pérez-Roa y Contreras, 2019, Pérez-Roa, 2020).

Ahora bien, para comprender el aumento, la prevalencia y transversalidad del endeudamiento por consumo de los hogares chilenos, es necesario entenderlo a partir de su codependencia con los procesos de financiarización de la economía doméstica. La financiarización se define como un régimen de organización del capital, principalmente motivado por las ganancias de las transacciones financieras y no por la producción e intercambio (Van Der Zwan, 2014). En palabras de David Harvey, la financiarización promueve un proceso de “acumulación por desposesión” (2003, 2010), caracterizado por la apropiación de riquezas por los dueños del capital financiero, la desterritorialización del excedente, la desposesión salarial, el endeudamiento de la clase trabajadora y el aumento en la desigualdad de ingresos.

En un reciente trabajo, Kennedy (2020) identifica tres elementos que son parte de los fundamentos del capitalismo financiero y que expresan su codependencia con los procesos de consumo: 1) el peso del gasto de los consumidores en el producto interno bruto (PIB) que en las economías más importantes del mundo fluctúa en torno al 60%; 2) el importante porcentaje del salario que los trabajadores destinan en el mercado de bienes y servicios de consumo, dado que ya no poseen los medios para producir fuera de la economía capitalista, y 3) la masificación de una cultura de consumo que aumenta la demanda por un

consumo individualizado de rápida producción y comercialización, que se vende a una mano de obra que, en muchos casos, experimenta una disminución de los ingresos reales.

Si observamos estas dimensiones en el análisis del caso chileno, podemos observar la codependencia entre consumo y finanzas, y cómo, en un contexto de pandemia sanitaria, esta dependencia se ha ido profundizando. Según los informes de política monetaria elaborados por el Banco Central, para el primer trimestre del 2021 el dinamismo del consumo privado ha sido el componente fundamental de la reactivación de la economía. Para los economistas, las transferencias económicas directas y el retiro de los fondos previsionales han sido determinantes en este dinamismo. Vale decir, han sido los bonos transitorios y no las mejoras salariales los que han permitido reactivar el consumo. En esta línea, los resultados de la Encuesta Casen aplicada en pandemia (PNUD, 2020) confirman la disminución de los ingresos durante la pandemia: un 54% de los hogares declaró haber sufrido disminuciones de ingreso desde la llegada de la pandemia. Dentro de los motivos de esta baja, el 37% de los hogares refiere el despido de alguno de los integrantes. Así, un 49% de los hogares encuestados declaró que no le alcanzan los ingresos durante la pandemia, versus un 17% antes de la pandemia. El informe señala que muchos hogares han tenido que reducir sus gastos y generar ingresos adicionales: dejar de pagar deudas y adquirir nuevas deudas son algunas de las estrategias más utilizadas por los hogares chilenos.

En este sentido, los datos dan cuenta de la relevancia del consumo privado en nuestros indicadores de bienestar económico y cómo, a pesar del detrimento en condición salarial de los trabajadores, el consumo ha mantenido su dinamismo gracias a la intersección entre finanzas y economía doméstica (Dienst, 2011; Pollard, 2013; Roig y Gago, 2019; Roberts, 2016).

En efecto, en Chile se ha vuelto normal que las personas vivan endeudadas: el acceso al crédito es para muchas familias una extensión del salario, los jóvenes estudiantes se endeudan como medio legítimo de acceso a la educación, las pensiones de vejez se definen en la volatilidad de los mercados financieros. En definitiva, gran parte de nuestras vidas materiales y subjetivas dependen, en la actualidad, de procesos financieros (Dienst, 2011; Pollard, 2013). La forma en que estas diná-

micas de deuda rompen los medios cotidianos y monetarizan su futuro no tiene precedente (Antoniades, 2018).

Esta financiarización de los hogares a través de los instrumentos de deuda ha sido observada desde las ciencias sociales principalmente como un medio para favorecer el acceso a los bienes y recursos sociales mínimos, particularmente para los sectores empobrecidos de la población (Montgomerie y Tepe-Belfrage, 2016; Lewin-Epstein, et al., 2016; James, 2019). En esta línea, Seefeldt (2015) da cuenta de cómo las familias acceden al crédito como una estrategia para suavizar el consumo (*consumption smoothing*), lo que les permite “hacer malabares”, mantener a los acreedores medianamente satisfechos y sostener un nivel de vida básico. Sin embargo, el uso prolongado de esta estrategia puede implicar que las familias empiecen a acumular nuevas deudas, empeoren su situación financiera y presenten mayores dificultades para responder a sus compromisos. Al respecto, Montgomerie y Tepe-Belfrage (2016) analizaron, en el Reino Unido, cómo los hogares de bajos ingresos recurren a la deuda para sostener su reproducción material, caracterizando los efectos que esta estrategia tiene en sus relaciones familiares. Su trabajo demuestra cómo las deudas interfieren y perturban las intimidades de la vida y, al hacerlo, erosionan su propia reivindicación económica de pago como una obligación prioritaria dentro del hogar. Esta “obligación de pago” que secretan los instrumentos de deuda regularía el comportamiento de los individuos, buscando producir sujetos integrados y disciplinados (Lazzarato, 2011), fenómeno que se asocia no solo a la asimetría de poder propia de la relación acreedor-deudor, sino también al valor moral asignado al pago de la deuda que las instituciones financieras promueven, y que se basan en valores como la responsabilidad, el autocontrol y la gestión del riesgo (Zitki, 2018).

En este sentido, la deuda, al comprometer una capacidad de pago futura, disemina una racionalidad financiera que supone que los actores toman decisiones racionales que tienen un fin instrumental y persiguen el objetivo de maximizar la ganancia a un menor costo posible. Este supuesto tiene dos consecuencias: por un lado, supone que en el uso del crédito los actores toman sus decisiones con una información financiera suficiente y adecuada, desconociendo en este argumento los usos que los hogares le dan a los créditos en un contexto de cri-

sis salarial, y, por otro, cómo esta racionalidad se transforma en una exigencia, particularmente para los hogares de bajos recursos, quienes deben incorporarla a pesar de no contar con los soportes para ello.

En su libro *La razón neoliberal*, la académica feminista Verónica Gago (2017) ofrece una manera distinta de observar la racionalidad del cálculo que las sociedades neoliberales imponen como condición vital y que, sin embargo, no garantizan las condiciones mínimas para que esta racionalidad se haga efectiva. Para ella, esta imposición de una racionalidad da lugar a figuras de subjetividades individuales y colectivas que despliegan diversas tácticas estratégicas y que buscan “resistir a la explotación y la desposesión que se despliegan en ese espacio antropológico del cálculo” (p. 14). Para ampliar los marcos de comprensión, la autora desarrolla la noción de neoliberalismo desde abajo, entendida como el “conjunto de condiciones que se concretan más allá de la voluntad de un gobierno, de su legitimidad o no, pero que se convierten en condiciones sobre las que opera una red de prácticas y saberes que asume el cálculo como matriz subjetiva primordial, y que funciona como motor de una poderosa economía popular que mixtura saberes comunitarios autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una autoempresarialidad de masas” (p. 12). Desde esta lectura, la propuesta de la autora es descomponer la idea de que el neoliberalismo es una racionalidad que solo compete a grandes actores políticos y económicos, y que se manifiesta en una forma específica de hacer la ida económica, para entenderla como una racionalidad que, al expandirse, se convierte en una combinación novedosa de otras racionalidades. Esta visión territorializa y corporaliza las prácticas económicas, reconociendo la pluralidad de racionalidades que de ellas se desprenden.

Para dar cuenta de las distintas racionalidades que las prácticas económicas movilizan, las ciencias sociales han desplegado una serie de categorías analíticas. Viviana Zelizer (2011), socióloga económica, en su trabajo acerca del significado social de la moneda, da cuenta de que los actores económicos no solo se encuentran influenciados por el entorno social y cultural, sino que también deben lidiar con una serie de *fricciones o tensiones* que se dan entre los diversos marcos de significado desde los que se practica la economía. En este sentido, la autora no solo deja de ver a la economía como una esfera particular de la vida social, sino que también pone en discusión la presencia de una racionalidad económica

distinta a la del *homo economicus*, en la que opera la capacidad de los actores para enfrentar diversos marcos de significado y las tensiones que se dan entre los mismos. De esta manera, Zelizer ofrece un marco analítico para abordar las tensiones que enfrentan los actores económicos en el plano simbólico a la hora de tomar una decisión económica, sin definir *a priori* su dirección y significado.

Por su parte, la antropóloga económica Magdalena Villarreal (2010) retoma el concepto de Michel Callon de “marcos de calculabilidad” para dar cuenta de las prácticas financieras. Esta idea reconoce que la decisión económica involucra múltiples dimensiones de la vida cotidiana y se conjuga en términos sociales y culturales. Los marcos de calculabilidad refieren así a

“marcos en los que ciertos sistemas de procesamiento de la información se habilitan o deshabilitan de los márgenes para realizar interpretaciones y las herramientas que se cuenta para ello. Dichos marcos se generan y reproducen en las relaciones sociales” (Villarreal, 2008, p. 393).

En este sentido, plantea una crítica al modelo *rational choice theory*, que sostiene que los individuos toman sus decisiones financieras basados en la suma de los datos objetivos de que disponen. A su juicio, este modelo niega que las transacciones financieras incluyen juegos de interpretación, inferencias y negociaciones sobre el valor atribuido a un recurso. En efecto, los trabajos de Villarreal (2010) muestran que la administración de carencias de las mujeres populares tiende a realizar “cálculos semanales” y a utilizar categorías nativas para referirse a sus ingresos/egresos. Así, por ejemplo, en sus trabajos etnográficos muestra cómo las personas van definiendo su situación financiera en relación con las distintas interacciones que van teniendo, y cómo ellas van definiendo los lentes a utilizar. En este sentido, no son solo las asimetrías de información las que están en juego, sino también las posiciones sociales en las que se facilitan o restringen ciertos márgenes de cálculo socialmente construidos.

En esta línea los trabajos de Pellandini-Simányi (2015) y Davey (2019) dan cuenta cómo los hogares resisten a la moral hegemónica de la deuda. A partir de un análisis de la expansión de morosidad hipotecaria en hogares españoles, producto de la crisis económica,

inmobiliaria y financiera experimentada en España, Irene Sabaté (2016) analiza el modo como los morosos comienzan a desarrollar un sentimiento de injusticia respecto de las condiciones económicas, otorgándoles nuevos valores y significados a sus prácticas económicas cotidianas y desafiando las representaciones financieras ortodoxas. En esta misma línea de análisis, Žitko (2018) observa cómo, a pesar del aumento sostenido del endeudamiento de los hogares en los países postsocialistas, los hogares no actúan como actores racionales que buscan maximizar sus ganancias, reducir riesgos y calcular beneficios, sino que movilizan otras pautas morales que ponen en tensión las lógicas financieras.

La fuerza de la entrada del crédito de consumo en el mundo popular fue observada en el trabajo etnográfico realizado por Wilkis (2014) en la periferia de Buenos Aires, quien sostiene que la extensión, pluralidad y simultaneidad de la oferta del crédito para las clases populares indican una dependencia al endeudamiento. El crédito se presenta como la única vía de consumir en contextos de precariedad, y el endeudamiento es gestionado e incorporado como parte del presupuesto de los hogares. Los recursos que se movilizan no son solo dinero, sino también instrumentos financieros como cheques, tarjetas de crédito, entre otros. Al respecto, un estudio de Ossandón et al. (2017) describe cómo se tejen circuitos de préstamos de tarjetas de crédito entre conocidos. Por su parte, Pérez-Roa y Donoso (2018), en su trabajo con parejas jóvenes deudoras, muestran la manera como estas recurren a las familias para afrontar las situaciones de morosidad. Ya no estamos hablando de personas no incluidas financieramente, sino de personas que deben gestionar un endeudamiento en contextos de precariedad y que, para hacerlo, movilizan recursos y dineros de un lugar a otro para poder llegar a fin de mes.

A pesar de que las investigaciones que conectan el endeudamiento de los hogares con la intervención del Trabajo Social están poco desarrolladas (Callegari et al., 2019; Krumer-Nevo et al., 2017; Despart et al., 2016), la evidencia recogida sobre los procesos de educación financiera dirigidos a hogares de bajos ingresos, particularmente en los países del Norte, reconocen algunas deficiencias en los modelos de evaluación e intervención con los problemas financieros de la población. Para Zhan et al. (2006), los programas de educación financiera

dirigidos a personas con menores ingresos son deficientes, en razón de tres *gap*: primero, en relación con sus modelos de evaluación financiera, los que a su juicio son predominantemente subjetivos; segundo, en relación a lo reducido de las áreas del comportamiento financiero que abordan los programas, los que privilegian los comportamientos presupuestarios y el uso del crédito, dejando de lado otras áreas de administración financiera, y tercero, la evaluación de cómo las diferentes características de los participantes se relacionan con los niveles de conocimiento financiero.

Diversas investigaciones coinciden en que estos modelos de intervención privilegian un enfoque micro, centrado en los individuos, que enfatiza en el control y en el cambio de comportamientos de los individuos, privilegiando así una perspectiva moralista en la intervención (Krumer-Nevo et al., 2017; Despart et al., 2016). En un reciente trabajo Callegeri, Permillá y Kullberger (2019) recogen evidencia de la prevalencia de este enfoque de trabajo con deudores en Portugal (Rodríguez, et al., 2016), Estados Unidos (Despart et al., 2012) y Suecia (Panican y Ultmestig, 2016). Para Despart (2012), estos modelos de intervención tienden a enfocarse en favorecer que los beneficiarios desarrollen una buena administración del dinero —desconociendo que la administración del dinero que realizan los usuarios puede ser mejor que la reconocida por los interventores—, enfocándose en las estrategias asociadas a la disminución de gastos y deudas en desmedro de promover acciones que favorezcan el desarrollo de nuevos activos financieros. A juicio del autor, el Trabajo Social requiere de una aproximación más comprensiva para evaluar e intervenir en los problemas financieros de la población.

En esta misma línea de análisis, Krumer-Nevo et al. (2017) reconocen la relevancia de poner en la agenda disciplinar el problema del endeudamiento, para favorecer comprensiones más amplias que permitan pensar intervenciones sociales que reconozcan los aspectos sistémicos y relacionales del endeudamiento. Más aún considerando los desafíos de justicia económica que la práctica del Trabajo Social busca promover (Sally, 2019). En un reciente trabajo, Huang et al. (2020) proponen la noción de “capacidad financiera” para pensar, desde un enfoque crítico, las relaciones entre comportamientos individuales y la estructura social que produce el endeudamiento, reconociendo de esta

forma las raíces históricas, la opresión institucional y la distribución del poder que se requiere transformar para lograr la inclusión financiera, sin dejar de lado los requerimientos de las personas para mejorar su comprensión y capacidad financiera.

Conclusiones

Este artículo buscó interrogar las lecturas responsabilizantes para analizar las prácticas de consumo y de endeudamiento —particularmente de los sectores populares—, y que forman parte de los repertorios a partir de los cuales se piensa la intervención en contextos financieros. Para ello, nuestro argumento se desplegó a partir de dos ejemplos —recogidos de columnas de opinión— divulgados por la prensa chilena durante el último año. Con ellos graficamos los usos con los que comúnmente se presentan las acciones económicas de los individuos y las categorías de análisis restrictivas que de ella se desprenden. El primer caso lo usamos para analizar las categorías morales popularmente usadas para explicar las prácticas de consumo, y el segundo para analizar la predominancia de la dimensión racional —cálculo/beneficio— en los análisis que buscan explicar el aumento en el endeudamiento de los hogares.

El punto que nos interesa discutir es cómo la economía, bajo el modo en que tradicionalmente se nos presenta, limita nuestras aproximaciones como trabajadores sociales a la heterogeneidad, moralidades y prácticas económicas que se disputan en el campo de lo social. Estas reflexiones buscan provocar en la disciplina una discusión más amplia sobre el rol de la economía en la intervención. La dimensión económica no es un elemento del contexto que puede analíticamente separarse de los problemas que aquejan a los individuos y sus territorios. La dimensión económica aterriza en territorios, cuerpos y objetos específicos envueltos en las prácticas heterogéneas.

Este artículo busca, además, abogar por una necesidad de repensar lo económico y, con ello, la sociedad que queremos en un futuro. En un escenario de recurrentes crisis de deudas, con todas las implicancias sociales que ello conlleva —aumento de las desigualdades, profundización de la pobreza, fragilidad democrática etc. (Antoniades, 2017)—, consideramos relevante ofrecer otras perspectivas que pongan en tensión estas relaciones naturalizadas, cambiando los parámetros desde

donde se define lo económico y formular nuevas políticas que vayan acordes a la visión de sociedad que anhelan los territorios.

Bibliografía

- Alexander, C., Bruun, M. H. & Koch, I. (2018). Political Economy Comes Home: On the Moral Economies of Housing. *Critique of Anthropology*, 38(2), 121-139. DOI: <https://doi.org/10.1177/0308275X18758871>
- Allendes, S. (2021) *Familia, dinero y programas sociales: Explorando los significados sociales del dinero transferido a familias en condición de pobreza*. (Tesis para optar al grado de Magister en Trabajo Social). Universidad de Chile.
- Antoniades, A. & Panizza, U. (2017). How 'demos' met 'cracy': debt, inequality, money. *Third World Thematics: A TWQ Journal*, 2(6), 727.
- Banco Central de Chile. (2018). *Encuesta financiera de hogares 2017*. Santiago de Chile: Banco Central de Chile. Recuperado de: <https://www.bcentral.cl/financiera-de-hogares>
- Bauman Z. (2005). *Work, Consumerism and the New Poor*. Cambridge: Polity Press.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de Consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Callegari, P. L. & Kullberg, C. (2019): Gendered debt – a scoping study review of research on debt acquisition and management in single and couple households. *European Journal of Social Work*, DOI: 10.1080/13691457.2019.1567467
- Callon, M. (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (14), 11-68.
- Callon, M. (ed.) (1998). *The laws of the markets*. Oxford: Backwell.
- Cortés-Mancilla, R. (2020) *Trabajo Social en la Historia de Chile: la formación en Trabajo Social en Chile: acontecimientos e ideologías (1880-1945)*. (Tesis de doctorado en Trabajo Social). Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales.
- Davey, R. (2019). Suspensory indebtedness: time, morality and power asymmetry in experiences of consumer debt. *Economy and Society*, 48(4), 532-553.

- Despard, M., Perantie, D., Taylor, S., Grinstein-Weiss, M., Friedline, T. & Raghavan, R. (2016). Student debt and hardship: Evidence from a large sample of low- and moderate-income households. *Children and Youth Services Review*, 70, 8-18. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2016.09.001>
- Dienst, R. (2011). *The Bonds of Debt*. London: Verso.
- Feher, M. (2017). *Le temps des investis. Essai sur la nouvelle question sociale*. Paris: La Découverte.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Green, B. (2020) Drowning in neoliberal Lies: State responses towards people seeking asylum. *The British Journal of Social Work*, 50(3), 908-925. DOI: <https://doi-org.uchile.idm.oclc.org/10.1093/bjsw/bcz070>
- Han, C. (2012). *Life in debt: Times of care and violence in neoliberal Chile*. University of California Press.
- Harvey, D. (2010). *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*. Profile Books.
- Harvey, D. (2003). *The New Imperialism*. Oxford University Press, Oxford.
- Huang, M. S., Johnson, L., Birkenmaier, J., Loke, V. & Hageman, S. (2020). Preparing Social Work Faculty to Teach Financial Capability: Where We Stand. *Journal of Social Work Education*. DOI: 10.1080/10437797.2020.1714524
- Ivanovic, T. (2014). *Significados del consumo en las clases medias santiaguinas*. (Tesis para optar al grado de Doctor en Sociología). Santiago, Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- James, D. (2019). Owing everyone: debt advice in the UK's time of austerity. *Ethnos*, 1-19.
- Kennedy, P. (2020). 'All the better to eat you with!' The contribution of consumer culture to the rise of predatory capitalism. *Journal of Consumer Culture*, 20(3), 266-284. <https://doi.org/10.1177/1469540519875993>
- Krumer-Nevo, M., Gorodzeisky, A. & Saar-Heiman, Y. (2017). Debt, poverty, and financial exclusion. *Journal of Social Work*, 17(5), 511-530.
- Lazzarato, M. (2011). *La fabrique de l'homme endetté: Essai sur la condition néolibérale*. Paris: Éditions Amsterdam

- Luzzi, M. y Sánchez, M. S. (2020). El dinero desde las ciencias sociales: prácticas, instituciones, representaciones. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, (12), 9-18.
- Marambio-Tapia, A (2021) Educados para ser endeudados la inclusión “social-financiera” en Chile. *Revista mexicana de Sociología*, 8, 389-417.
- Marambio-Tapia, A. (2017). Narratives of Social Mobility in the Post-Industrial Working Class and the Use of Credit in Chilean Households. *Revue de la régulation, Capitalisme, institutions, pouvoirs*.
- Marambio-Tapia, A. (2018). Crédito y endeudamiento en hogares: Sobre la economía moral del proletariado postindustrial en Chile. En F. González y A. Madariaga (Eds.), *La constitución social, política y moral de la economía chilena* (pp. 249-276). Santiago de Chile: RIL Editores.
- Montgomerie & Tepe-Belfrage (2016): A Feminist Moral-Political Economy of Uneven Reform in Austerity Britain: Fostering Financial and Parental Literacy. *Globalizations*. DOI: 10.1080/14747731.2016.1160605
- Moulian, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Ossandón, J. (2012). *Situando a Zelizer*. Recuperado de <https://estudiosdelaeconomia.com/2012/03/06/situando-a-zelizer/>
- Ossandón J. (2019). *La pregunta por la vocación pública de los estudios sociales de la economía en América Latina Estudios de la Economía*. Recuperado de <https://estudiosdelaeconomia.com/2019/05/26/la-pregunta-por-la-vocacion-publica-de-los-estudios-sociales-de-la-economia-en-america-latina/>
- Otero, M. (2013). Repenser les problèmes sociaux. Des populations «problématiques» aux dimensions «problématisées». Dans M. Otero et S. Roy (dir.), *Qu'est-ce qu'un problème social aujourd'hui? Repenser la non-conformité* (p. 351-389). Québec: Presses de l'Université du Québec.
- Pellandini-Simányi, L., Hammer, F. & Vargha, Z. (2015). The Financialization of Everyday Life or the Domestication of Finance? *Cultural Studies*, 29(5-6), 733-759. DOI: 10.1080/09592386.2015.1017142

- Peña, C. (2021) La revolución de la zapatilla. *El Mercurio*. Domingo, 24 de enero.
- Pérez-Roa, L y Gómez, M Endeudamiento desigual: cuánto debemos, en qué lo gastamos y cómo está preparado cada uno para la crisis. *Ciper Académico*. Recuperado de: <https://www.ciperchile.cl/2020/07/02/endeudamiento-desigual-en-chile-cuanto-debemos-en-que-lo-gastamos-y-como-esta-parado-cada-uno-para-la-crisis/>
- Pérez-Roa, L., Allendes, S. y Fontecilla, C. (2021). Woman and finances: exploring the place of woman in the Chilean financial education programs. *Affilia* (en proceso)
- Pérez-Roa, L. (2020). Consumo, endeudamiento y economía doméstica: una historia en tres tiempos para entender el estallido social. *En Hilos tensados. Para leer el octubre chileno* (pp. 37-82). Chile: Colección IDEA y Universidad de Santiago de Chile.
- Pérez-Roa, L. y Donoso, J. (2018). Redes de intercambio y de pago de deudas en parejas jóvenes endeudadas de Santiago de Chile. *Revista Intervención*, 8(2): 23-30.
- Pérez-Roa, L. y Pérez, L. T. (2019). Deudas, mujeres y programas sociales en sociedades financiarizadas: resituando la “vida económica” en la intervención social. *Revista Rumbos TS. Un espacio crítico para la reflexión en Ciencias Sociales*, (19), 11-25.
- Pérez-Roa, L. y Gómez Contreras, M. (2019). Deuda, temporalidad y moralidad: Proceso de subjetivación de parejas jóvenes profesionales. *Psicoperspectivas*, 18(3). DOI: <http://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol18-issue3-fulltext1646ç>
- Pérez, L. (2014). «Et si la dette privée était un problème de société?» Analyse critique de deux thèses populaires sur la compréhension du phénomène du surendettement chez les jeunes dans le contexte de la «révolution néolibérale». *Revue Nouvelles pratiques sociales*, 2(26).
- Perrin-Heredia, A. (2011). Faire les comptes: normes comptables, normes sociales. *Genèses*, 84, 69-92. DOI: <https://doi.org/10.3917/gen.084.0069>
- PNUD-Chile. (2017). Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social. PNUD.

- Pollard, J. (2013). Gendering capital: Financial crisis, financialization and (an agenda for) economic geography. *Progress in Human Geography*, 37(3), 403-423.
- Posadas Velázquez, R. (2013). La vida de consumo o la vida social que se consume: apreciaciones sobre la tipología ideal del consumismo de Zygmunt Bauman. *Estudios políticos (México)*, (29), 115-127.
- Roberts, A. (2016). Household debt and the financialization of social reproduction: Theorizing the UK housing and hunger crises. In *Risking capitalism*. Emerald Group Publishing Limited.
- Roberts, A. & Soederberg, S. (2014). Politicizing debt and denaturalizing the 'new normal'. *Critical Sociology*, 40(5), 657-668
- Rodríguez Enríquez, C. M. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes. *Revista Mexicana de Sociología* 76(2): 225-252.
- Roig, A. (2020). No alcanza una distribución del ingreso, hace falta una distribución de poder. *Revista Zoom*. Recuperado de revistazoom.com.ar
- Roig, A y Gago, V. (2019) Las finanzas y las cosas. Una etnografía del endeudamiento popular. En Chena, P. y Biscay, P. (2019). *En el imperio de las finanzas, deuda y desigualdad*. Buenos Aires, 219-234.
- Roig, A. (2009). Separar de sí, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos. (Ponencia presentada en el Congreso de la Latin American Sociological Association (LASA)). Río de Janeiro, del 11 al 14 de junio de 2009.
- Rojas-May, G (2020). *La revolución del malestar. Tiempos de precariedad psíquica y física*. Santiago, Chile: Ed. El Mercurio.
- Rojas, C. (2019). *Ayudar a los pobres. Etnografía del Estado social y las prácticas de asistencia*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Sabaté Muriel, I. (2016). La ruptura de una economía moral y la deslegitimación de las deudas hipotecarias. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 47(1). Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=181/18153280007>

- Hageman, S. A., Sherraden, M., Birkenmaier, J. M. & Loke, V. (2019). Economic and Financial Well-Being in the Social Work Curriculum: Faculty Perspectives. *Journal of Social Work Education*. DOI: 10.1080/10437797.2019.1661919
- Stecher, A & Sisto, V. (2020). Trabajo y precarización laboral en el Chile neoliberal. Apuntes para comprender el estallido social de octubre 2019. En *Hilos tensados, Para leer el octubre chileno* (pp. 16-37). Chile: Colección IDEA y Universidad de Santiago de Chile.
- Swader, C. S. & Ross, S. (2020). Post-socialist moral economies of consumption as socially embedded sites of moral tension. *Journal of Consumer Culture*, 20(2), 143-155. DOI: <https://doi.org/10.1177/1469540519891265>
- Van der Zwan, N. (2014). Making sense of financialization. *Socio-economic review*, 12(1), 99-129.
- Villarreal, M. (2008). Sacando cuentas: prácticas financieras y marcos de calculabilidad en el México Rural. *Revista Crítica en Desarrollo*, 2, 131-149.
- Villarreal, M. (2014). Regimes of Value in Mexican Household Financial Practices. *Current Anthropology*, 55(S9), S30-S39. DOI:10.1086/676665
- Villarreal, M. (2021). Promesas del mañana. Los cálculos del futuro en las prácticas financieras de hoy. *Encartes*, 7, 1-7. DOI: <https://doi.org/10.29340/en.v4n7.235>.
- Weber, F. (2011). Calculs économiques. *Genèses*, 84, 2-5. DOI: <https://doi.org/10.3917/gen.084.0002>
- Wilkis, A. (2014). Sociología del crédito y economía de las clases populares. *Rev. Mex. Sociol.*, 76(2), 225-252.
- Zelizer, V. (2011). *El Significado Social del Dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. A. (2015). *Vidas Económicas: Cómo la Cultura da forma a la Economía* (Vol. 15). CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Žitko, M. (2018). Governmentality versus moral economy: notes on the debt crisis. *Innovation: The European Journal of Social Science Research*, 31(1), 68-82.